COLECCIÓN PASEOS

# Caminar con Gary Snyder y otros poetas

Javier Morales

Tundra

# Otoño/invierno

¿Dónde está la literatura que dé expresión a la Naturaleza? Tendría que haber un poeta que pudiera someter los vientos y los ríos a su servicio, para que hablasen por él, que clavara las palabras a sus significados primitivos, como clavan los granjeros en primavera las estacas que los hielos aflojaron; que rastreara el origen de los términos tan a menudo como los utilizase, que los trasplantase a sus páginas con la tierra adherida a sus raíces; cuyas palabras fueran tan auténticas, frescas y naturales que parecieran desarrollarse como los brotes cuando se acerca la primavera, aunque quedaran medio asfixiadas entre dos hojas mohosas, en una biblioteca, sí, para allí florecer y dar fruto anualmente, de acuerdo con su género, al lector fiel, en armonía con la Naturaleza circundante.

Henry David Thoreau, *Caminar*

La mejor manera de llegar a Cercedilla desde Madrid es en tren. Uno puede dormir, leer o contemplar el paisaje, tratar de descifrar la caligrafía de las montañas, como las que veo esta mañana de noviembre al otro lado de la ventanilla. Después de caminar y de la bicicleta, el ferrocarril es el menos contaminante de los medios de locomoción terrestres, en el que más nos podemos despreocupar y estar atentos al paisaje. Algunas de las ventajas de viajar en tren nos las contó Antonio Orejudo en una novela hilarante. Uno de sus amigos, el también escritor Rafael Reig, vive en Cercedilla y hace años, antes de que cerrara, solía pasarme por su librería, la Fuenfría. Medio en broma, medio en serio, Reig se quejaba de que este pueblo es el que tiene

más escritores y artistas por metro cuadrado de la sierra de Guadarrama, al menos en su vertiente madrileña. Puede ser. Quizás esa atracción se deba a que los ecos del pasado siguen interpelando a los artistas y a los letraheridos del siglo XXI. Basta leer *El Papel de Cercedilla*, una revista estupenda, para darse cuenta de que las artes y las letras respiran mejor por estas montañas. Si uno se fija y lee atentamente lo que tienen que contarnos las piedras y los caminos, si agudiza el oído, aún podrá escuchar las palabras y las conversaciones de los escritores que durante décadas han transitado por las laderas y cumbres de estas montañas, desde el Arcipreste de Hita a Lorca, Giner de los Ríos, María Zambrano, Antonio Machado o Vicente Aleixandre. Será

que caminar por el bosque sea algo parecido a escribir en un folio en blanco para iniciar un diálogo con los muertos, que es lo que hace al fin y al cabo la literatura.

Otra ventaja de viajar en tren, incluso cuando lo hacemos en un medio tan cotidiano y rutinario como el Cercanías, es que podemos conversar con el vecino de asiento, aunque la realidad, por desgracia, es que cada vez estamos menos dispuestos a hablar con desconocidos y preferimos las pantallas. Viajo con frecuencia en tren y un saludo al viajero de al lado se percibe a veces casi como una ofensa, como una intromisión. Saludar a un extraño se ha convertido en un acto de rebeldía civilizatorio. Perdemos horas en conversaciones

virtuales con personas que viven a cientos o incluso miles de kilómetros, pero rehuimos mirar a quien comparte con nosotros el trayecto. Me considero afortunado por haber conocido el mundo analógico. Ahora ha prendido el miedo a lo tangible, sobre todo entre las nuevas generaciones, educadas en las redes "sociales" e internet. De ahí que la realidad se desvanezca cada vez más y seamos, si cabe, aún más manipulables y dóciles. Algunos estudios hablan incluso de pérdida de nuestra capacidad cognitiva, memoria y atención. Estamos perdiendo nuestra capacidad de narrar, sostiene Lola López Mondéjar. Somos creyentes de una verdad pixelada que nos revelan los nuevos (y viejos, el famoso capital) amos del mundo. "La obstinación de la

realidad es limitada y necesita que nosotros la protejamos, escribió Hannah Arendt", nos recordaba Mar Padilla en un reportaje sobre los nuevos realistas, una corriente filosófica muy crítica con el relativismo posmodernista. "Se trata de trabajar en la búsqueda de ciertas verdades consensuadas como, por ejemplo, aceptar la realidad del serio deterioro medioambiental del planeta", le explicó a esta periodista el filósofo italiano Maurizio Ferraris. No parece muy lejano el momento en el que tendremos que demostrar, de nuevo, que la Tierra es redonda, que una mesa es una mesa o que las montañas que veo a través de la ventanilla del Cercanías, devoradas por la desmesura urbanística, son eso, montañas, o que las plantas nos aportan oxígeno, nos cobijan.

La sierra de Guadarrama, con su presencia sólida e imponente, me acompaña desde hace muchos años. Contemplarla me da seguridad. Por eso la saludo desde mi ventana por las mañanas y le doy las gracias por estar ahí. En un mundo tan volátil son una certeza. Su cercanía la ha convertido en todas las montañas del mundo, como en su día lo fue Monfragüe o el Valle del Jerte. "¿No amáis las montañas? ¿No son vuestras amigas las montañas? ¿No produce su vista en vuestro espíritu una sensación de reposo, de quietud, de aplacamiento, de paz, de bienestar", escribió Azorín. Lo relata Eduardo Martínez de Pisón en *Atlas literario de la Tierra*. Creo que son ambas sensaciones, la paz y la búsqueda de matices en la literatura, las razones por

las que voy a menudo a Cercedilla a caminar a través del bosque, a perderme entre los árboles.